

# LAS FUENTES DE NUESTRA OPCION

---

No cabe sociedad sana sin una escala de valores a la medida del hombre. Y no habrá tal mientras no se pongan la memoria y el deseo en el horizonte del personalismo comunitario.

---

Por José María Vegas

## 1. «Optar» en la cultura olímpica

Nunca me ha gustado excesivamente la palabra *opción* y el discurso que se articula en torno a ella. Me da la impresión de que, en la cultura en que vivimos, conlleva un tono moralizante con un cierto deje voluntarista. Onomatopéyicamente, la palabra comienza sacando pecho («op») para poder asentar su poso («...ción»: poso-ción = posición; op-ción, es toma de postura ante algo que está frente a uno - «op»).

Optar significa «escoger». Y ello implica que hay una variada (mercantil) gama del género de entre el que se escoge. En nuestra cultura del consumo parece que ya no hay sólo oferta de artículos que garanticen la satisfacción de las necesidades básicas y el nivel de bienestar, sino que también se ofrecen artículos que aporten referentes vitales para, como decía Ortega, «saber a qué atenerse», que den un mínimo de coherencia y, en definitiva, de sentido. También los valores, las exigencias, los principios que aspiran a regir nuestra vida se han visto extrañamente reducidos a artículos de consumo, que se exhiben en el mercado de la cultura y se ofrecen envueltos en el celofán de las ideologías, más o menos confusas, para atraer la mirada y el interés de los potenciales clientes.

Podemos entrar en el autoservicio y escoger el sistema de valores que más nos guste; o bien, componer de retales diversos el entramado axiológico que más nos vaya (dándonos así, de paso, el aire de originales). Nuestra opción, enteramente libre, implica una cierta irresponsabilidad: ¿ante quién hemos de dar cuenta, si la libertad soberana es totalmente gratuita, fuente primera, an-árquica, de toda opción?

Naturalmente, esa libertad absoluta, que elige y compone, no deja de estar condicionada por los mismos mecanismos mercantiles que la hacen posible. Los valores y los sentidos vienen, hemos dicho, envueltos en celofanes que los hacen atractivos. Así, se opta por tal o cual actitud, solución ética o política, proyecto de ley o,

incluso, «modus vivendi», no porque presente características intrínsecas y señalables que las hagan más verdaderas o mejores, sino, por ejemplo, porque es «progresista», o «democrático», o, en el peor de los casos, porque presenta «nivel europeo». Así vivimos, con nuestra capacidad de análisis crítico bajo mínimos: el clientelismo axiológico y teleológico no es excesivamente exigente y se conforma, las más de las veces, con el brillo sonoro de las palabras. Porque si lo pensamos un poco y lo miramos de cerca, ¿qué significa progresista? ¿Hacia dónde se da ese progreso? ¿Hay un criterio objetivo del mismo, tenemos ante la vista una meta definida y clara? Pero ¿no son los fines y los sentidos, precisamente, fruto de nuestra opción? Esto es la pescadilla que se muerde la cola.

Si queremos preguntarnos por la *fuerza* de nuestra *opción* (personalista y comunitaria), hemos de imponernos la disciplina de superar ese mercadeo axiológico y recuperar la natural (pero, hoy, extraña) condición de una gratuidad de base: estamos (gratuitamente, agradecidamente) en un mundo que se nos ofrece con estructuras, con valores y con sentidos. Y aunque es cierto que también habita en nosotros la semilla de Prometeo, por la que forjamos libremente nuestro destino, no partimos de cero, ni nos limitamos a proyectar, en pura voluntad de dominio, nuestros deseos soberanos sobre una realidad indiferente y plana. Por eso, más que a Prometeo, nos parecemos (o queremos parecernos) a Sócrates, escrutador del *to tí*, servidor de lo que es, crítico de las falsas opiniones; pero también a Abraham, fiel seguidor de una llamada: «Sal de tu tierra...». Nuestro destino y nuestro sentido es, ante todo, *respuesta*, pues, por más que nos empeñemos, no somos dioses y no podemos crear de la nada. He aquí, pues, la primera fuerza de nuestra opción.

### ***Las fuerzas «któnicas» de una opción personalista y comunitaria***

#### **La primera fuerza: la realidad misma**

##### *Qué realidad*

La realidad a la que el hombre tiene que atenerse para ir haciendo su vida no es un todo indiferenciado sobre el que se limite a proyectar sus necesidades o deseos, y sólo en virtud de los cuales aquella adquiere relevancia.

La realidad se ofrece a nuestra inteligencia con distintos niveles de diferenciación, es decir, con relieves mayores o menores, con acentos diversos que reclaman de modo diverso nuestra atención o respuesta.

Existe, es verdad, un nivel de realidad que se nos presenta, desde el punto de vista de la motivación, como indiferente. Es el nivel de la mera facticidad de las cosas. Es absurdo que alguien se sienta defraudado porque la suma de los ángulos internos de un triángulo sea de dos rectos; o que, al contrario, alguien sienta gran alivio tras saber que la aceleración de los graves es de  $9'8 \text{ m/s}^2$ . Aquí lo que suscita,

en todo caso, interés es el hecho de *saber* esas cosas, por causa de su utilidad o por el deseo natural de saber que el hombre tiene, pero no su contenido concreto, que se presenta con el cariz de lo indiferente.

Pero, incluso en este nivel, la realidad presenta *estructuras* de coherencia que exigen estrictamente respeto a su realidad: son exigencias de verdad que tienen como correlato humano la actitud curiosa de *admira*ción.

Sobre este primer plano de facticidad aparecen los relieves de la realidad, más o menos acentuados y que reclaman de diverso modo nuestro interés. Aparecen como en sí relevantes y solicitando de nosotros una respuesta.

De una manera muy genérica, el carácter no indiferente y motivante de múltiples estratos de la realidad se muestra en la universalidad valorativa bueno-malo. Lo bueno, de cualquier clase que sea, es objeto de aprobación, estima, deseo, inclinación, etc. Lo malo, por el contrario, indica algo desagradable, reprochable, que suscita aversión o rechazo.

Ahora bien, los conceptos de bueno y de malo aparecen con una enorme generalidad, de forma que lo que puede resultar bueno desde un cierto punto de vista, puede ser malo desde otro y viceversa. Los diversos relieves de la realidad, positivos y negativos, se recubren unos a otros. Y su fuerza de motivación no es idéntica: no es lo mismo experimentar un deseo o inclinación ante un objeto, que sentir ante él alegría, entusiasmo, respeto, veneración o aprecio. La diversidad de reacciones, que diferenciamos claramente en nuestra experiencia cotidiana, nos indica la diversidad de objetos relevantes, buenos o malos.

La relevancia que presenta lo real, en virtud de la cual aparece dotada de fuerza motivante, es lo que ciertos pensadores de orientación fenomenológica —como Dietrich von Hildebrand y Hans Reiner— han denominado *importancia*: el carácter por el que algo es fuente de una respuesta o motivación de la voluntad. Estos pensadores han identificado esas importancias con el *valor*, pero lo cierto es que no sólo los valores (a cuya descripción fundamental nos adherimos) tienen esa fuerza de motivación: también aspectos estrictamente ontológicos, como el hecho de la vida, la realidad humana (la dignidad del hombre), su menesterosidad (el rostro del otro), la capacidad causal de la libertad del hombre, que por ello mismo se torna en libertad responsable, la situación espacio-temporal (la cercanía física...), etc., son verdaderas importancias objetivas que no nos dejan indiferentes.

La experiencia cotidiana y real, a la que accedemos intuitivamente, desligada de prejuicios positivistas, que eliminan sistemáticamente todo dato que no se deje reducir a la mera facticidad cuantificable, nos abre así a un universo lleno de sentido.

## La primera respuesta: la teoría

Ante el espectáculo de lo real, la primera respuesta, la primera opción, ha de ser la actitud teórica. Pero ésta tomada en su sentido etimológico: queremos *theorein*, mirar, y mirar bien.

Nuestra cultura se ha caracterizado por una voluntad de teoría. El hombre occidental siempre ha querido alcanzar la lucidez. Posiblemente sea cierto que a esa voluntad teórica haya acompañado una segunda voluntad: la voluntad de dominio. De forma que el primer impulso contemplativo y gratuito ante el espectáculo de lo real haya estado permanentemente matizado e, incluso, amenazado, por una cierta incapacidad de comunión vital con la realidad natural. Pero esto mismo ha permitido positivamente tematizar de manera propia la realidad humana en su especificidad y en su peculiar riqueza.

Nuestra cultura moderna nació también ligada a un deseo de ver las cosas claras. El ideal cartesiano de evidencia, de claridad y distinción vio la luz, por lo demás, demasiado envuelto en una desconfianza excesiva en la historia anterior, que le dio un extraño sabor edípico; y demasiado ingenuamente ilusionada en las posibilidades sin límites de una nueva ciencia que le otorgaba poder: «La ciencia y la potencia humana coinciden, por lo que la ignorancia de las causas excluye el efecto y la naturaleza puede ser mandada sólo si se la obedece; y aquello que en la teoría hace de causa, en la operación hace de regla»; «*Activum et contemplativum res eadem sunt, et quod in operando utilissimum, id in scientia verissimum*» (*Novum Organon*, I, 13; II, 4). La voluntad de ver quedó así en seguida devorada por la voluntad de poder, y el sentido de la ciencia se limitó, en consecuencia, a su poder transformador de la naturaleza, a su sometimiento a los dictados humanos. El prejuicio positivista y el pragmático nacieron de la mano: son gemelos de un mismo parto.

Nuestra voluntad de teoría debería recuperar la capacidad de la admiración, el sentido del respeto por lo real. Lo veremos luego. Pero no cabe duda de que, puesto que el actuar sigue al ser, es preciso que nos hagamos cargo de lo real —natural, humano, incluso lo que de sobrenatural y sobrehumano podamos detectar en la experiencia— para actuar en consecuencia, pero, atención, también para gozar del regalo de ese espectáculo por sí mismo.

Naturalmente, somos conscientes de que aunque el sentido de lo real, sus estructuras y sus exigencias, nos son accesibles intuitivamente, nuestra mirada está situada en una perspectiva histórica que nos posibilita, pero también nos limita por necesidades, por intereses, por prejuicios fruto de errores pasados. Sin extremar la desconfianza, pero sabedores de que somos deudores e hijos de una perspectiva limitada, la voluntad de teoría (de mirar) tiene que tener no sólo la ingenuidad de la admiración, sino también la cautela de la crítica.

## La segunda fuente: nuestra crisis

### Qué crisis

Al hablar de las fuentes de nuestra opción lo hacemos para justificar nuestra posición en nuestra sociedad y en nuestra cultura. Y partimos de la base de que nuestra opción es una opción crítica, pues estamos convencidos de vivir en una cultura en crisis. Al ponernos a mirar la realidad circundante, enseguida caemos en la cuenta de que demasiados datos chirrían, de que no nos salen las cuentas, de que, en suma, la cultura oficial, niega, reiterada y contumazmente, numerosas, demasiadas convicciones que se presentan con la fuerza de la evidencia.

Nuestra perspectiva cultural, que se adorna con el prurito de la crítica, parece afectada de ciertas cegueras, que amenazan lo mejor de sus conquistas. No vamos a hacer una descripción exhaustiva de tal crisis. Me limito a indicar dos de sus factores determinantes: el positivismo cientista y el subjetivismo antropológico.

Para ilustrar lo primero me sirvo de la prosa enérgica y penetrante de nuestro maestro hispano del filosofar: Ortega. Él coloca el positivismo hacia el final del s. XIX. Pero es preciso matizar que ese positivismo extremo es el producto de todo un decurso que empieza cuando se pretende hacer del método matemático el «método universal de la razón», restringiendo así toda objetividad a lo que también Ortega ha denominado «el imperialismo de la física»:

«El europeo de 1870, de 1880, ejecutaba en su existencia un número que cada día nos parece más difícil, menos verosímil. Simbólicamente se conserva de esa época un grabado donde se ve al funámbulo Blondin cruzando una gran plaza sobre una cuerda a cincuenta metros del suelo. Este funámbulo era el europeo positivista de 1880. El hombre occidental de la fecha era un *kenobata*, caminante sobre el vacío. El vacío era el mundo, que a primera vista parece tan lleno y cuyo nombre suena a plenitud de plenitudes. El positivismo consistía en una operación mental mediante la cual, pensando sobre el mundo, se logra evacuarlo, desinflarlo, pulverizarlo...

»Cuando el mundo parece lleno, de lo que está lleno es de sentido. Asimismo, cuando se le vacía, es sentido lo que se le quita. Tal era el número difícil que ejecutaban nuestros abuelos: lograban vivir sobre un mundo sin sentido, funambulaban.

»Parece justo preguntarnos qué cosa sea ese sentido que el mundo tiene o no tiene... Para que el mundo tenga sentido, basta con que él y las cosas en él tengan un modo de ser. No importa cuál. Que sean lo que son es suficiente. Cuando encontramos lo que una cosa es, ya

tiene para nosotros sentido; mas para el positivismo... ninguna cosa tenía un ser. No había, según él, más que "hechos". Y el "hecho" significa, poco más o menos, un cambio en las cosas. Y si no hay más que cambios, resulta que cada cosa deja en cada instante de ser lo que era y pasa a ser otra. Y como esto le ha acontecido antes y le va a acontecer después en todos los órdenes y dimensiones, el mundo queda convertido en un absoluto caos: es el puro *non-sens* existiendo.»

Pero si el mundo pierde sus relieves, en virtud de una mirada reductiva y chata del ser humano que sólo quiere ver en él cantidades y no sentidos, entonces, simultáneamente, se pierde la capacidad de escuchar sus llamadas («sal de tu tierra...»), de atender a sus exigencias y de respetar sus derechos. Se pierde la dimensión gratuita del encuentro con lo real, se difumina la vertiente socrática y abrahámica de la vida humana, y se despliega sin límites la voluntad de dominio; una voluntad que, perdidos los referentes objetivos, se torna despótica e irrespetuosa. Como el ser humano no puede vivir sin sentido, sin valores, tiene que realizar el artificio de fingir inventarlos y reducirlos a meras proyecciones de su propia voluntad o de su sentimiento.

Ortega, en el texto indicado, veía en sus tiempos signos de una recuperación del sentido, por fuerza de la fenomenología, especialmente del pensamiento de Scheler, al que se sentía especialmente cercano. Pero, de hecho, el vaciado axiológico o de toda dimensión de importancia objetiva, se ha mostrado resistente y ha prolongado su eficacia inercial, llegando a un tiempo bautizado como «era del vacío», tiempo del «pensamiento postmetafísico», en el que domina o la renuncia o el constructivismo. La voluntad de dominio se halla exhausta o se somete a un método constructivo, que se niega a preguntarse con qué materiales emprende su obra.

Cierto es que el positivismo ha presentado ventajas. Como el mismo Ortega indica, los meros hechos presentan curiosas y casuales regularidades («leyes»), que sabiamente combinadas permiten el despliegue eficaz de esa voluntad dominadora: «En un mundo sin orden ni concierto cabía hacer previsiones y, por tanto, construir máquinas en vista de ellas... Europa se enriqueció; el mundo, vacío de sentido, se llenó de máquinas, se hizo cómodo. Esta fue la compensación: el utilismo sirvió de balancín al funámbulo europeo».

El bienestar y el consumo se han convertido así en el sentido primero del esfuerzo creativo occidental. Y, puesto que lo que el consumo satisface son los centros inferiores —no por ello despreciables— de la existencia personal, el ámbito práctico se redujo, del valor —y la virtud— al interés como fuente primera de valoración y motivación. El subjetivismo moral, el relativismo, el pluralismo llevado a sus extremas consecuencias, parecieron ser verdaderas conquistas de la razón ilustrada, de las libertades individuales.

Pero, en realidad, tales posiciones extremas nos hablan de que ni siquiera la vida y la libertad humana tienen allí sentido: allí también el hombre es un «hecho», una mera estructura, determinada y determinable: la libertad es allí la ignorancia de las causas que nos determinan, la voluntad es allí moldeable según las necesidades del sistema de producción. La «era del vacío» se resuelve en el «imperio de lo efímero» donde el ser humano delega cada vez más su autonomía tantas veces proclamada. Lo que realmente vale allí no es fruto de experiencia privilegiada del centro personal y de los mejores seres humanos (partamos una lanza en favor de cuanto de justo hay en la «aristocracia»), sino sólo unos mínimos que hemos de consensuar en un comercio de intereses que hacen del que fuera rey de la creación e hijo de Dios, ser investido de dignidad y no de precio, no más que un pequeño «egoísta racional», que, más allá, no del bien y del mal, sino de la libertad y la dignidad, no es allí sino producto de un azar ciego y de una necesidad voraz.

Nuestra crisis (ética, religión, política, de humanidad, de cosmos natural y humano), es para nosotros fuente de opción.

#### *Análisis, crítica, recuperación*

La voluntad de ver se traduce ahora en voluntad de analizar: meter el bisturí crítico para ver las raíces de la epidermis supurante y diagnosticar sus causas: pues haberlas haylas. Nuestra opción no se inventa soluciones ni opone a los prejuicios ambientales un prejuicio humanista mayor. No se trata de extremar el gesto, ni de denostar una situación de la que somos parte. Ni sólo de denunciar los males con algo de ira: nuestra opción es *sine ira et studio*, para poder decir una palabra articulada, ya que donde no se dice (escepticismo), se acaba diciendo en superlativo (fanatismo), esto es, se grita, y *dove si grida no c'è vera scienza*.

Queremos, pues, pareceros —y sigo citando a Ortega— a esas gentes insobornables por el plato de lentejas de la técnica, de la economía, del dominio sobre la materia inerte. Pero no nos dejamos embargar por la ira, pues, como él mismo dice, el error es también fructífero: «El pensamiento es un pájaro extraño que se alimenta de sus propios errores. Progresa merced al derroche de esfuerzo con que se dedica a recorrer hasta el fin vías muertas. Sólo cuando una idea se lleva hasta sus últimas consecuencias revela claramente su invalidez. Hay, pues, que embarcarse en ella decidido».

En el naufragio cultural en que nos hallamos, sin apenas puntos de referencias en que sustentarnos, cuando nuestras mejores mentes, paradigmas de un decurso intelectual, nos hablan «desde la perplejidad», la opción crítica quiere afirmar la fecundidad del error, con una sola condición: reconocerlo.

«Baste advertir el extraño misterio de la condición humana consistente en que una situación tan negativa y de derrota como es haber



cometido un error se convierte mágicamente en una nueva victoria para el hombre, sin más que haberlo reconocido. El reconocimiento de un error es por sí mismo una nueva verdad y como una luz que dentro de éste se enciende.

»Contra lo que creen los plañideros, todo error es una finca que acrece nuestro haber. En vez de llorar sobre él conviene apresurarse a explotarlo. Para ello es preciso que nos resolvamos a estudiarlo a fondo, a descubrir sin piedad sus raíces y a reconstruir enérgicamente la nueva concepción de las cosas que esto nos proporciona.»

Es parte de nuestra opción el ejercicio de una crítica despiadada —pero no inmisericorde—, recogiendo precisamente el arma misma que la modernidad criticada nos lega, para poner al desnudo el prejuicio que suponen los lentes positivistas que nos roban el sentido pleno de lo real y nos obligan al subjetivismo, al egoísmo racional, a la estrategia como única forma de relación entre los hombres. Acaso esta labor teórica sea más fructífera a la larga que muchas denuncias concretas a la corta —sin quitar a éstas su importancia.

Esta crítica necesaria nos enlaza con la tradición de la izquierda cultural, que no se ha conformado simplemente con lo que hay y ha opuesto al desorden establecido y bienpensante un deber-ser. Pero esa izquierda, al hacer de la desconfianza y de filosofía de la sospecha su verdad última, ha minado su propio terreno y ha derivado peligrosamente hacia el nihilismo, la autofagia y, no pocas veces el escepticismo amargo (y, a la postre, claudicante: los revolucionarios de ayer se reconvierten hoy en «yuppies» y funcionarios).

Por ello, nuestra opción crítica frente a la crisis quiere partir de una básica *confianza* en el sentido de lo real, que se quiere recuperar y tematizar a la altura de los tiempos. Para alcanzar así la *lúcida ingenuidad* del que cree sin dogmatismos en valores absolutos, pues sabe diferenciarlos de los intereses de grupo (relativos), que con frecuencia se disfrazan de aquellos.

La crítica, para serlo verdaderamente, tiene que ser, a fuer de serena, radical: no detenerse ante ningún dogma establecido o valor de moda. Si es cierto que la gracia no niega la naturaleza, sino que la supone y la salva, del mismo modo la propuesta personalista recupera todo lo que de verdadero valor hay en la cultura contemporánea. Pues todo momento cultural, y especialmente de crisis, es un movimiento de valores decadentes y emergentes. Pero así como hay que reivindicar la validez de valores que pierden fuerza por la fuerza de los prejuicios ambientales, así hay que saber cribar los emergentes, que junto con la mena portan en sí mucha ganga: así con el ecologismo, con el pacifismo, con el feminismo y, en general, con los nuevos «ismos». Aquí la crítica pretende precisamente establecerlos en su plenitud, sin dejarse embaucar por el canto de sirena pseudo-romántico y ambiguo que con frecuencia los acompaña.

La radicalidad de la crítica exige, naturalmente, la autocrítica. Puesto que nos sabemos hechos de la misma pasta que nuestros contemporáneos y afectados de sus mismas contradicciones no aspiramos a ser hiperbóreos, ni siquiera encarnación kenótica, igual a los demás en todo «menos en el pecado», la actitud crítica no nos exime del examen. No somos redentores impolutos, sino miembros solidarios de un cuerpo enfermo, pero con anticuerpos capaces de engendrar la curación.

Pero esta recuperación, claro está, no pretende partir de la nada. Sabe que no elimina su propia perspectiva. No tiene voluntad prometeica. Por ello, se vuelve, como a una de sus fuentes cristalinas, a su propia tradición histórica.

### La tercera fuente: memoria

#### *Nuestro pasado*

Renunciar a la propia historia es un ejercicio peligroso e ingenuo. Mirar al futuro, tener voluntad de aventura, querer ser protagonista de la propia biografía, no implica necesariamente romper con los ancestros, borrar la identidad recibida, cosa, por lo demás, imposible. El que deja la casa paterna con desaire acaba volviendo a ella como hijo pródigo, si no quiere morir de hambre, de vacío.

Nuestra opción se alimenta de una historia a la vez miserable y gloriosa, que ha producido a Gorgias y a Sócrates, a Herodes y a Jesucristo, a Hitler y a San Francisco... Releer nuestra historia para recoger sus tesoros y aprender de sus errores. De manera somera y a vuelapluma indico algunas lecciones que merecen la pena ser recogidas. Lo hago parafraseando la primera obra grande de Zubiri: *Naturaleza, Historia y Dios*.

— *Naturaleza*: nosotros «somos los griegos». El mundo es Cosmos y no Caos, está vivo (es «bios», no mecanismo inerte), tiene sentido (ésta es la verdad de la proyección antropomórfico-teleológica que imprimían los griegos a todo lo real). Hablar de Cosmos es hablar de una interna inteligibilidad, una coherencia y una racionalidad impresa en todo. Las cosas tienen un ser, un modo de ser, una trabazón interna: son sustancias. Todo ello nos habla de una «dignidad» propia de todo lo real, que no puede ser manipulado, interferido, violentado sin justificación adecuada. El hombre es señor de la creación y todo debe estar sometido a sus pies. Pero el señorío no tiene que ser despótico, porque el déspota pierde todo derecho sobre lo que se le ha confiado. Su señorío tiene que ser «Sorge», cura, atención y respeto. Y ello, en definitiva, porque el ser humano también participa de lo natural, es miembro, aunque eminente, de la creación, y hace su destino histórico, quiéralo o no, solidariamente con el resto de la realidad natural.

— *Historia*: la Ilustración es también nuestra madre. El ser humano se destaca por encima de la naturaleza (es, tal vez, el rasgo positivo de la consideración meca-

nicista del mundo: resaltar la superioridad sustancial de la «res cogitans», pero a condición de que se le restituya a la naturaleza su riqueza vital) y descubre de manera sustantiva su libertad y su dimensión histórica: ser hombre es hacerse hombre. Así el ser humano va descubriendo su dignidad de hombre libre, sus derechos inalienables, que reposan sobre todo individuo, por el mero hecho de serlo, la igualdad fundamental de todo ser humano y la fraternidad a que deben conducir libertad e igualdad mancomunadas. Es el momento, no sólo de la ciencia —y el positivismo— sino también del pensamiento crítico frente a todo poder que pretenda legitimarse desde la tradición o la fuerza. El hombre, individual y colectivamente, reclama sus derechos, su protagonismo en el quehacer social e histórico, exige que se le deje acceder a su mayoría de edad. A pesar de todas las críticas a la razón ilustrada y a todas las renunciaciones postmodernas, ¿cómo renunciar a un tiempo que, pese a sus muchas sombras, no dejará de ser un período de luces?

— *Dios*: También somos hijos de Abraham, que salió respondiendo a la llamada de Dios: «Sal de tu tierra...», situada en Ur de los Caldeos, en el actual territorio de Irak. Conviene recordar, hoy más que nunca, que judíos y musulmanes son hermanos nuestros. La verdadera mayoría de edad y la plena lucidez sólo se alcanza cuando el hombre, dejada atrás la adolescencia, es capaz de reconocer que su libertad es limitada y, por tanto, ha de ser responsable, que, en definitiva, su condición es la de criatura. No una criatura cualquiera: erguida, dotada de un cerebro proporcionado a su cuerpo, agraciado con una mano prensil, el ser humano es, dice Zubiri, «casi un dios»: es una infinitud finita, un ser relativamente absoluto, fin en sí por antonomasia, es persona, imagen de Dios. Por eso, el mundo no está lleno de dioses. El Dios creador de su libertad, que le ha regalado la dignidad de que está investido, ha tenido la cortesía de mantenerse en la transcendencia, para dejarle espacio a él, su criatura, para que su libertad creativa (y responsable) pueda desplegarse sin trabas y responder sin temor a las exigencias inscritas en el concierto armónico de lo real. Y cuando ese Dios respetuoso y Padre ha querido comunicarse con él ha tenido la deferencia de aprender, Él, el lenguaje de los hombres, de hacerse en contradicción al mismo nivel que el hombre, humanamente, para no aterrorizarle con su presencia, para poder establecer con él un diálogo de tú a tú.

Estos tesoros son también parte de nuestra cultura y no están muertos. Hay simultáneamente una historia descendente y una historia ascendente de la humanidad. Es preciso descubrir la historia ascendente y rescatar esos tesoros, para hacerlos operativos. Muchas iniciativas, muchos movimientos, muchas líneas de pensamiento, muchos libros y, sobre todo, muchos hombres y mujeres de buena voluntad son el legado de esa tradición viva, de la que nos sentimos deudores, parte y fruto. A cuya altura queremos estar.

#### *Una cultura abierta*

Recuperando lo mejor de nuestro pasado, no queremos encerrarnos en una cul-

tura brillante, pero hermética a las otras, a las que juzga desde su pretendida superioridad. Lo mejor de nuestra cultura ha sido siempre, tal vez, su capacidad de aprender y asimilar. Sólo cuando nació el imperialismo económico se fue impermeabilizando a las aportaciones externas. Sabernos receptores de una tradición significa situarnos en una identidad histórica y cultural que constituya un sistema abierto, receptivo y dialogal a las otras culturas, pues la admiración de la que partió la nuestra no debe detenerse en sus propias fronteras.

Precisamente nuestra cultura está abocada a un universalismo que no ha de traducirse en uniformismo planetario según nuestros propios cánones, sino apertura sin límites a lo diverso. Para nosotros —es nuestra opción— la diferencia no genera desconfianza, ni hostilidad xenófoba, sino *no-indiferencia* ante el rostro del otro, especialmente del más necesitado. Si nuestra cultura ha producido los amargos frutos de una humanidad dividida y antagónica, según patrones económicos y culturales, también es cierto que existen grandes caudales potenciales de solidaridad y apertura que hemos de rescatar y poner en ejercicio.

#### **Cuarta fuente: Deseo. El futuro es nuestro**

Reconciliados con lo real, realistas ante la crisis, afincados en nuestra tradición cultural, miramos al futuro con esperanza. El futuro es la gran fuente de nuestra opción: lo mejor está en el futuro, es el principio-esperanza, la vertiente utópica, que se articula necesariamente con el principio-responsabilidad.

Las claves de ese futuro son, sin duda, inciertas. Pero no caminamos a ciegas. En el centro colocamos al hombre, ser personal y comunitario. Esta es su identidad y su verdad profunda. Pero esta identidad está, naturalmente, en camino. ¿Quién de nosotros se atreve a decir que vive a la altura de la dignidad que defiende en el HOMBRE? ¿Quién que vive la comunidad con los prójimos cercanos y lejanos tal como la utopía le marca? Caminamos hacia esa verdad nuestra, que nos pertenece y que queremos. Sembrando mediante la convicción, la educación y el testimonio, pensando para poner de manifiesto verdades demasiado evidentes y demasiado olvidadas, trabajando para que las raíces de ese futuro comiencen a prender ya en nuestro presente, en sus estructuras, en sus mentalidades, en sus formas de producción, en la comprensión de las relaciones interhumanas, del valor de la vida humana, en sus hábitos de consumo, mediante la capacidad de ver, admirar, pero también de dar, renunciar y compartir.

Se trata de sembrar y hacer patente que la libertad se suicida sin responsabilidad solidaria, que la responsabilidad se anquilosa sin gratuidad, y que la autonomía se hincha y se desfonda cuando quiere ser autosuficiencia.

Es posible que ese futuro continúe resistiéndose siempre a los intentos de realización. No en vano es el límite condición de nuestra existencia y el mal, al parecer,

compañero inexorable de camino. Pero la posibilidad permanente del mal no nos entrega derrotados a la idea del Destino. El futuro está abierto y será lo que queramos. Nuestra voluntad, nuestra opción concurre con muchas otras, la mayoría más poderosas. Pero nada nos prohíbe tratar de aportar al resultado vectorial de esas fuerzas contrapuestas nuestra convicción y nuestra palabra.

Hay batallas que se ganan incluso cuando se pierden. Sócrates salió derrotado por las fuerzas de los prejuicios y los intereses de la ciudad a la que servía. Pero con ello su figura se alza como un gigante, patrimonio de la humanidad, vencedora de los enanos anónimos que le condenaron a muerte. Jesús de Nazaret, San Francisco, Ghandi, Martin L. King, Mons. Romero, I Ellacuría, y tantos otros, entregando la vida por una causa que no vieron vencer, han enriquecido infinitamente el caudal positivo de la humanidad y han manifestado una eficacia paradójica, por la que el mundo es mucho mejor de lo que hubiera sido sin ellos, sin sus victoriosas derrotas.

No quiere esto significar que haya que renunciar a la eficacia pedestre, a las estructuras nuevas, a las relaciones económicas concretamente justas. Es simplemente una advertencia que quiere reclamar el realismo optimista, el optimismo trágico. Nuestra opción, siendo —consintámonos, por una vez, la inmodestia— más verdadera, mejor y más hermosa que las que adornan el horizonte cultural, difícilmente llegará a ser mayoritaria, a ponerse de moda, a dominar las conciencias de los que rijen la escena cultural, económica y política. Pero el mundo no solo camina a peor: también existe un proceso melirativo, que ha sido posible porque hubo gentes esperanzadas y combativas que pusieron, frecuentemente en medio de la incomprensión y la persecución de sus contemporáneos, los cimientos de verdades que acabaron haciéndose evidentes para todos y que nadie se atrevería a rechazar en público. Como escribió hace años alguno —creo que Carlos Díaz y creo que en *Acontecimiento*— se trata de proponer hoy desde la izquierda lo que asumirán como propio dentro, tal vez, de doscientos años, gobiernos que entonces serán de derechas. Pero asumamos la prácticamente inconciliable condición del filósofo y del político, y, sin un exceso de puritanismo, hagamos decididos hoy nuestra modesta, pero valiosa contribución, a un futuro más humano.